

ETNOGRAFÍAS DE LA MOVILIDAD Y LA CONTENCIÓN DE LAS MIGRACIONES: REPENSANDO LOS MÉTODOS DE LA ANTROPOLOGÍA

Ethnographies of mobility and the containment of migrations: rethinking the methods of anthropology

YERKO CASTRO*

Fecha de recepción: 03 de marzo de 2019 – Fecha de aprobación: 08 de abril de 2019

Resumen

En este artículo me detengo a reflexionar sobre los desafíos metodológicos y teóricos que surgen a la hora de trabajar con los fenómenos contemporáneos de migración, refugio y desplazamiento humano. Parto, para ello, por explicar una serie de enormes transformaciones que se han producido en los últimos treinta años en el mundo, haciendo referencia a diversas situaciones en Latinoamérica, África y Europa. Con base en mi experiencia de investigación y de trabajo de campo, propongo una serie amplia de recomendaciones para tener en cuenta en los estudios contemporáneos sobre estos fenómenos. Al mismo tiempo, el artículo persigue la intención de aportar hacia una antropología de mayor alcance que pueda dialogar, proponer y cuestionar estos problemas fundamentales del mundo actual.

Palabras clave: metodología; teoría; migraciones; refugio y desplazamientos humanos.

Abstract

In this article, I stop to reflect on the methodological and theoretical challenges that arise when working with the contemporary phenomena of migration, refuge and human displacements. I start for it, to explain a series of enormous transformations that have taken place in the last 30 years in the world, making reference to diverse situations in Latin America, Africa and Europe. Based on my research experience and fieldwork, I propose a wide range of recommendations to take into account in contemporary studies on these problems. At the same time, the article pursues the intention of contributing towards a broader anthropology that can dialogue, propose and question these fundamental problems of the current world.

Keywords: methodology; theory; migrations; refuge and human displacements.

* Dr. en Antropología. Profesor e Investigador en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México, México. El artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación "Geopolíticas de la exclusión, frontera y poder en Tijuana. Estudios comparados de política, violencia y circulación humana y migratoria". Este proyecto es apoyado por la Dirección de Investigación de la Universidad Iberoamericana. Correo-e: yerko.castro@ibero.mx

Introducción

Si observamos las migraciones y los desplazamientos por el mundo, múltiple y multiplicidad parecen ser las palabras apropiadas para describir el momento que vivimos. Esto quiere decir que estamos ante un escenario con una enorme variedad de formas de desplazamiento, diversidad de causas que lo provocan, a las cuales se suman evidentes y otras no tan explícitas formas de control del movimiento, detenciones, encerramiento y tecnologías de control de la movilidad. Es la era de la hipermovilidad humana, frente a la cual gobiernos y organismos de seguridad reaccionan, ya sea para aumentar la velocidad de desplazamiento de algunos o, al contrario, para ralentizarla y aumentar el control sobre otros (Bigo, 1998). De ahí es que mi visión en este trabajo coincida con la propuesta de Mezzadra y Neilson cuando recomiendan “que sea la multiplicidad el punto de partida de cualquier investigación” (2016, p. 15).

Para comenzar a revisar esto, basta con pensar un poco en los cambios que han sucedido en los últimos treinta años, mismos que han sido testificados y analizados por antropólogas y antropólogos en el mundo. Por ejemplo, George Marcus¹ escribió un artículo a mediados de los años noventa que fue toda una innovación, o al menos una sistematización necesaria sobre las transformaciones en las prácticas etnográficas de investigación en el contexto del sistema mundo y la economía política del capitalismo.

En ese entonces, Marcus nos llamaba a “salir de los lugares convencionales de la etnografía para ver la circulación de significados, objetos e identidades en un tiempo-espacio difuso” (2001,

p. 111). Adelantándose a nuestros tiempos, Marcus prefiguraba cambios en la práctica de las etnografías, porque los objetos de estudio se habían vuelto multilocales, al mismo tiempo completos y discontinuos. Sugería, adicionalmente, utilizar la técnica de seguir a las personas, los objetos, las metáforas, las tramas, las historias, las biografías y los conflictos, dando impulso, de esta manera, a la etnografía multilocal o etnografía multisituada.

Llegué a vivir a México unos años después de la publicación del trabajo de Marcus. Fui invitado en aquel tiempo a formar parte de un amplio grupo de antropólogas y antropólogos que estaban estudiando diversas formas de migración entre México y Estados Unidos, todos orientados teórica y metodológicamente por el paradigma de la teoría transnacional (Kearney & Nagengast, 1989; Portes, 1997; Besserer, 1999; Smith, 1999; Levitt, 2001).

La investigación antropológica co-producida entre México y Estados Unidos había logrado desplazar —o al menos hacerle frente— a las visiones dominantes que insistían en explicar todo a partir de factores como el *push-pull* y el dilema de la integración a las sociedades huéspedes². Antropólogas como Nina Glick Schiller y su equipo (Glick Schiller, Bash & Blanc-Staton, 1992) y antropólogos como Michael Kearney en Estados Unidos (1996) y Federico Besserer en México (1999) habían asestado un duro golpe a la hegemonía explicativa de las migraciones proveída por la estadística y la economía, ofreciendo una lectura que, partiendo de los clásicos estudios de caso etnográficos y análisis microsociológicos, derrumbaba certeramente los postulados guiados por la teoría de la modernización.

Recordemos que, como explicó Kearney en su ahora ya clásico libro (1996), la teoría de la modernización había dominado las narrativas explicativas sobre los fenómenos migratorios en el mundo. Esta teoría, propia de la época de la Guerra Fría, binaria y dicotómica, había puesto la atención en los procesos por los cuales los migrantes, tarde o temprano, terminaban siempre por integrarse a la sociedad de acogida. El foco, durante buena parte del siglo XX, fue la observación de los procesos de migración del campo a la ciudad, en donde los movimientos de población eran vistos como una verdadera forma de impulsar el cambio socio-cultural. Gracias a las migraciones, rezaban los postulados modernistas, el migrante era un agente de cambio favorable puesto que volvía a su lugar de origen (generalmente un espacio atrasado y poco desarrollado), llevando ideas novedosas, modernas y de progreso.

Sin lugar a dudas que estos debates y el aporte de la antropología fueron importantes en ese tiempo, tanto en el período modernizador en antropología como en el momento de la teoría transnacional. Sin embargo, si miramos algunas características que ofrecen los fenómenos contemporáneos de movilidad, podemos estar de acuerdo en que la realidad fue superando cualquier capacidad de respuesta de los analistas y de las ciencias sociales en general. Hoy vivimos, con seguridad, un momento donde las antropólogas y los antropólogos observamos los enormes cambios con perplejidad, cuando no con cierto pasmo analítico. Esto significa que, reconozcámoslo de una vez, los conceptos con que operábamos ya no nos alcanzan para describir los fenómenos actuales.

Para dar ilustración a lo que estoy diciendo, presento ahora cuatro viñetas etnográficas

que en sí mismas constituyen universos tan complejos, de tantos actores y fuerzas diversas, que analizarlos representa un desafío mayor. La realidad social de la que dan cuenta esas viñetas se puede englobar bajo el engañoso rótulo de “fenómenos migratorios”, sin embargo, cada una abriga en su interior innumerables diferencias.

Viñetas etnográficas

Primera viñeta: Tijuana, la esquina de Latinoamérica. El extremo noroeste donde el continente latinoamericano se topa de frente con el muro que lo divide con Estados Unidos. Una ciudad de 1.600.000 habitantes que en años recientes ha sido sacudida por dos fenómenos masivos de migración. El primero de ellos, similar y contemporáneo al caso de Chile, ocurre cuando en septiembre de 2016 arriban a la ciudad, como relatan sus habitantes, de la noche a la mañana, unos 30.000 haitianos. Durante los años siguientes –2018 y 2019–, llegan tres caravanas de migrantes centroamericanos, quienes vienen huyendo de la violencia en sus países y buscan obtener una visa humanitaria de parte del gobierno de Estados Unidos.

Estos dos fenómenos masivos de arribo de inmigrantes generaron una variedad de situaciones en la ciudad, dentro de las cuales destacan la extensión y la multiplicación de centros de apoyo, albergues, activistas y colaboradores de los migrantes. Y junto a ello, la extensión y la masificación de muestras de rechazo, xenofobia y racismo antiinmigrante. En un recorrido que realicé por los albergues en 2018, me pude percatar de la enorme variedad de situaciones en las que se encontraban

las personas que allí buscaban protección: migrantes hondureños que huyen de las extorsiones de las pandillas; mujeres mexicanas que vienen con sus hijos y que han dejado atrás sus pueblos y comunidades del sur de México, donde el narco y el crimen organizado controla sus territorios y sus vidas; africanos de distintas partes de ese continente que huyen, entre otras razones, por la desertificación y la escasez de agua... En fin, una larga lista de experiencias y situaciones.

Todo esto provoca que sea muy difícil definir quién es un migrante, un refugiado, un deportado, una persona calificada eufemísticamente como “persona en situación de calle”, trabajadoras sexuales, drogadictos, etc. Una tarea mayúscula para los directivos de estos centros es precisamente clasificar a las personas y entender la variedad de experiencias. Observando Tijuana es que podemos coincidir con De Genova, Mezzadra y Pickles (2015) en que los conceptos deben ser revisados y en que tenemos que avanzar hasta cuestionar las nociones que parecen explicar todo con la idea de migración forzada, de migrantes económicos o de expulsados.

Segunda viñeta: Texas, en la frontera con México. Año 2014. El gobierno de Texas y las autoridades de los condados norteamericanos fronterizos con México adoptan un programa de vigilancia de la frontera a cargo de ciudadanos comunes y corrientes (llamado Texas Virtual Border Watch, TBW). El programa consiste en que el gobierno ha puesto videocámaras a lo largo de las rutas que utilizan normalmente los migrantes indocumentados. A los ciudadanos que estuvieron dispuestos a participar, el gobierno les instaló en sus casas pantallas

para observar las cámaras instaladas. Mediante tres tipos de luces (verde, amarilla y roja), ellos podían avisar si la situación era normal, un poco sospechosa o plenamente peligrosa, respectivamente. Como explica en su trabajo, Joana Moll (2014) afirma que esto se logró gracias a que los ciudadanos fueron convencidos y entrenados en la idea de que estaban luchando contra el crimen en la frontera las 24 horas del día y los 7 días de la semana.

Moll explica que con este programa la frontera es alterada y deja de ser un espacio físico para transformarse en un filtro. Paradójicamente, en la frontera pasan todo tipo de animales (perros, pájaros, vacas e incluso el mismo viento) que provocan que las cámaras se alteren y que los vigilantes denuncien. De esta forma, la frontera adquiere un carácter absurdo además de incontrolable. La tecnología, en este sentido, da forma a estos soldados interactivos de la patria estadounidense. Su éxito no está, sin embargo, en el control real de los flujos de migrantes indocumentados, sino en la gubernamentalización de los ciudadanos fronterizos (Besserer, 2016a).

Tercera viñeta: Daadab, Kenia, el campo de refugiados más grande del mundo. Unas 350.000 personas llegan allí y pasan largo tiempo viviendo en una extraña combinación entre ayuda humanitaria, excepcionalidad jurídica y vigilancia militar y policial. De acuerdo con el trabajo de Michel Agier, se trata de “la permanencia de la catástrofe, urgencia sin fin, emplazamiento de los indeseables, dispuestos allí por el control, el filtraje y el confinamiento” (2008, p. 18).

Daadab, como Calais en Francia, como Lesbos en Grecia, es parte del *border regime* en

Europa. Esto es un sistema fronterizo donde los supuestos límites de Europa son resguardados (De Genova, 2016; Hess, 2010). Se trata de la intensificación de todo tipo de muros y vallas, de tecnologías sofisticadas de identificación y control, que se despliegan a través de múltiples fronteras y filtros, donde con demasiada regularidad, como dice Agier en sus estudios etnográficos, el refugiado termina por ser un indocumentado. Se trata de un sistema donde ellos –la gente en movimiento– acaban quedando “atrapados en la movilidad” (Hess, 2012).

Es tal la utilidad económica que generan estos sitios de refugio, y en la que entran en juego una enorme cantidad de actores que forman parte de lo que Agier define como “gobierno humanitario”, que los centros y campos de refugio no cierran y terminan prolongando la situación de personas y grupos. Bajo estas características nos podemos preguntar si vale la pena volver conceptualmente sobre el paradigma del campo de concentración y la excepción para definir el momento contemporáneo (Arendt, 2018; Agamben, 1998, 2003). Agier lo expresa así: “Si el siglo XX en Europa fue el siglo del campo de concentración, hoy estamos ante la sofisticación y la extensión de múltiples formas de campos que forman parte de los dispositivos que ponen a disposición a los indeseables, los refugiados, los desplazados, los extranjeros de todo tipo” (2008, p. 98).

Aunque volveré sobre este tema más adelante, conviene adelantar que nos referimos a la constante según la cual, con mucha frecuencia, el demandante de asilo o refugio deviene en una persona ilegal. Sumergido en esa condición, permanece por tiempos indefinidos viviendo una constante excepcionalidad jurídica. Su condición de sospechoso lo

transforma en clandestino o paria, un criminal potencial. Su condición de excepción es, como vemos con Carl Schmitt, profundamente legal, puesto que la excepcionalidad es la cumbre del derecho (Schmitt, 2013). Al igual que con los migrantes, en los totalitarismos existe la negación de la libertad y de los derechos individuales, lo que termina transformando a cierta clase de personas en parias.

Cuarta y última viñeta: Chile. Desde fines de la década de 1990, comienza a transformarse en un país atractivo para los migrantes del continente. Como explican Tijoux y Córdova, trabajadores que vienen huyendo de la violencia y la pobreza llegan al “sueño chileno”, en parte por la fama de país tranquilo y en parte por su difundida supuesta condición económica exitosa. “La sociedad chilena reacciona negativamente a sus presencias, las instituciones los ignoran y los medios de comunicación publican constantemente su peligro” (2015, p. 8).

Todo esto llevó a que en el mismo mes de diciembre de 2018, cuando el Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE) reportaba un total de 1.251.225 extranjeros declarados en un país de 18 millones³, el gobierno se retirara del Pacto Mundial para las Migraciones de la ONU. “Necesitamos poner orden en nuestra casa en materia de migraciones”, dijo el presidente Sebastián Piñera. Y con ello dio salida a una política más orientada por el paradigma securitario y policial que la política, al menos declarada, de los 150 países que terminaron firmando el Pacto Mundial en la reunión de Marrakech de ese diciembre. Chile, de esta forma, se aliaba con los países ultraconservadores en materia migratoria, como Estados Unidos, Israel, Italia y Hungría. Y lo hacía sin ningún ocultamiento, cuando el subsecretario del Interior encar-

gado de leer la postura del gobierno decía que “la migración no es un derecho humano, el derecho le corresponde al país al determinar cómo deben entrar a él los extranjeros”⁴.

Visto lo descrito brevemente en las cuatro viñetas, podemos confirmar la enorme variedad de flujos y circulaciones existentes en el mundo; la vasta diversidad de experiencias y trayectorias. Estos flujos son dinámicos, variables y muchos de ellos rompen con la idea unidireccional que indica que todos se realizan en un movimiento de sur a norte. Al contrario, estamos en presencia de una variedad de trayectorias, de multiplicidad de lógicas de circulación (sur-sur, norte-norte, sur-norte y norte-sur). Junto a ello, estos flujos tienen una diversidad de ritmos, distintas temporalidades, tiempos de circulación y de inmovilidad que suelen ser heterogéneos y contrastantes. Por estas razones, muchos de nuestros supuestos deben ser ahora revisados.

Organizaciones que apoyan a los migrantes, por ejemplo, insisten en recordarnos que gracias a todos esos mecanismos de gobierno internacional de las migraciones —el denominado régimen de deportación de Nicholas De Genova (2016), con campos de refugiados, centros de detención, prisiones para indocumentados, espacios de encierro para separación de padres e hijos, etc.—, ahora podemos ver que la mayor parte de los migrantes y los desplazados en las situaciones más precarias termina por quedarse en el sur global y no hacer parte de las poblaciones en el primer mundo. De este modo, países como México, Marruecos o Libia se transforman en el *bouchon* (tapón) de las migraciones (Valera, 2016; Ríos, 2015). En otras palabras, son los países que ayudan a contener las migraciones y a evitar que esas olas de población lleguen al norte global. En el

caso de México, además, se trata de un país que se transforma, por su dificultad y peligrosidad, en frontera vertical para los migrantes centroamericanos (Valera, 2016).

En un trabajo sobre de estos temas, David Spener retoma el concepto de apartheid global, precisamente para hacer una analogía con el tratamiento que se les daba a las poblaciones de africanos bajo el régimen del apartheid sudafricano. De esta forma, él enfatiza en la manera en que la mala distribución de los recursos y el bienestar en el mundo está fuertemente correlacionada con la raza y la nacionalidad (Spener, 2008).

Ahora bien, toda esta diversidad existente a nivel global, por supuesto, está teniendo efectos en los estudios migratorios y obliga a repensar los métodos, las herramientas y las tácticas de investigación. En este texto espero desarrollar una serie de ideas que puedan servir de marco y de orientación para quienes deciden realizar estudios que tienen como contexto la movilidad humana o la contención de ella.

Pienso que frente a estos temas, la antropología y sus metodologías etnográficas pueden ser especialmente claves para explicar ciertas situaciones. Como sabemos, las antropólogas y los antropólogos trabajamos en situaciones naturales fruto de una interacción prolongada entre los investigadores y la gente local (Sardan, 1995). En ese marco, pienso que las migraciones, más que ofrecer un tema de investigación interesante y sugerente, constituyen la condición de realidad existente en sí misma. Las migraciones, la movilidad humana y el desplazamiento contemporáneo son las condiciones de un nuevo contexto que emerge como desafío para los estudiosos.

Por supuesto, las antropólogas y los antropólogos no actúan en esa realidad de forma desinteresada, sino que están guiados por la teoría y por las ideas que quieren observar en terreno. Como lo explicaba Layton (1998), la etnografía es también parte del proceso teórico, por lo que discutir sobre ella es hacerlo también sobre las cuestiones teóricas.

De ahí que en este trabajo, a la vez que hablaré de las cuestiones metodológicas y los desafíos que representan para el estudio de la movilidad humana, haré reflexiones sobre los alcances conceptuales y teóricos porque ambas cosas son complementarias para el análisis de estos problemas.

Antropología de escalas y de niveles

El 14 enero de 2019 se preparaba para partir de la terminal de buses de San Pedro Sula, en Honduras, la Tercera Caravana de Migrantes centroamericanos con unas 1.000 personas, quienes se organizaban con el único objetivo de salir lo más pronto posible del país. En el camino se les sumarían más compañeros de ruta, muchos de ellos de El Salvador y Guatemala, países que junto con Honduras conforman el triángulo norte de Centroamérica. A un periodista del diario español *El País* le sorprendía en la gente esa mezcla de rechazo al lugar donde habían nacido, al mismo tiempo que un apego indecible. Todos estaban allí, antes de partir, dice el periodista, “agarrados a una bandera para cantar una letra escrita en 1915 que habla de su patria como un ‘lugar luminoso de suelo bendito’”. Pero, como le dijeron sus entrevistados: “Aquí no se puede vivir. Honduras está hecha mierda y está en el piso. No hay trabajo, ni

futuro y vivimos aterrorizadas con la violencia”⁵.

La paradoja detectada por el periodista español no es algo inusual y es parte de uno de los muchos elementos contradictorios que encontramos a lo largo y ancho de las geografías migrantes. En el caso centroamericano, esta percepción coincide con el diagnóstico de organizaciones humanitarias como el Colectivo FM4 Paso Libre (2017), quienes explican que la mayor parte de las personas sale por la insostenibilidad de la vida, es decir, porque ya no es posible sostenerse por ningún medio en el lugar, a veces por las presiones del crimen organizado, en otras por la economía deplorable en que viven, la mayoría de las veces por ambas razones⁶.

A partir de esta constatación podemos asentar nuestra primera propuesta para el análisis de los fenómenos migratorios. Esta consiste en *intentar trabajar con una perspectiva de escala y de niveles*. Lo cual significa que a la vez que deberemos atender al caso de estudio en sí mismo, en toda su especificidad histórica y de contexto, deberemos mirarlo en el marco mayor del cual forma parte y que muchas veces le da sentido.

Lo anterior implicará observar el caso en sus dimensiones locales y situadas, históricamente razonadas, pero, al hacerlo, no olvidar las cuestiones globales que explican algunas de las dimensiones puntuales. En este segundo plano, un elemento transversal que define a la mayor parte de las migraciones son las violencias múltiples que las atraviesan. Varias de ellas se asocian al paradigma securitario que han detectado varios autores desde que en 2001 cayeran las Torres Gemelas en Nueva York (Pallitto & Heyman, 2008; Doty, 2007; Locas, 2011)⁷.

Lo anterior significa que, contrario a lo augurado por varios de los “gurus” del liberalismo económico (Fukuyama, 1992; Ohmae, 1991), a partir del término de la Guerra Fría, en lugar del libre flujo de todo tipo de objetos, personas y bienes a través de los límites entre los países y el borramiento mismo de las fronteras, asistimos a un endurecimiento de ellas, la multiplicación de actos de frontera (*bordering*) e incluso al advenimiento de la frontera como un espectáculo fetichizado (De Genova, 2017)⁸.

Esto significa que debemos ubicar nuestros casos de estudio en un momento donde el control del movimiento se ha vuelto central en las nuevas formas de gubernamentalidad neoliberal, lo cual ha dado paso a la creación de nuevas geografías de exclusión y expulsión (Sassen, 2014). A partir de estos procesos, como he indicado antes, las fronteras funcionan como filtros que aceleran o ralentizan los desplazamientos humanos⁹.

Esto, probablemente, anuncia funciones impensadas hace tan solo unos años cuando Michael Kearney proponía el poder filtrador y clasificador de las fronteras como rasgo contemporáneo (2006). Debemos agregar, ahora, además de las transferencias de valor que vislumbró Kearney, los procesos de filtraje y segmentación, que pueden ayudar a reforzar lógicas de capital.

Por supuesto, por otra parte, si queremos ubicar nuestros casos de estudio en una perspectiva de escala y de niveles, tendremos que consignarlos en otra de las dimensiones globales de esa matriz que da contexto y sentido a las migraciones y a los fenómenos migratorios. Nos

referimos a las nuevas formas de acumulación de capital. Mezzadra y Neilson dicen, al respecto, que mirar las migraciones y las fronteras “permite ver las transformaciones que remodelan el poder y el capital, la soberanía y la gubernamentalidad” (2016, p. 13). En este sentido, “las migraciones se inscriben en un escenario donde el capitalismo contemporáneo, caracterizado por regímenes heterogéneos de trabajo y acumulación, negocia la expansión de las fronteras con ensamblajes extremadamente complejos de poder y derecho, que incluyen y trascienden los Estados-nación” (ibid., 2016, p. 24).

Lo anterior significa que la mayor parte de los movimientos humanos en el mundo y sus múltiples formas de desplazamiento se inscriben en una economía política capitalista bien determinada. Una que hace parte de un mundo caracterizado por “la multiplicación del trabajo, la inclusión diferencial, las fronteras temporales, la máquina soberana de la gubernamentalidad y las luchas de fronteras” (Mezzadra y Neilson, 2016, p. 26).

Como hemos visto hasta aquí, atender a una perspectiva de escalas y niveles supone una doble mirada a los aspectos micro y macro de nuestros objetos de interés, tratando de no perderlos en el análisis. Sin embargo, desde esa misma necesidad nace una segunda propuesta para el estudio de las migraciones. Esta se puede expresar en la idea de *atender siempre a un balance entre lo singular y lo global de los fenómenos que analizamos*. Como lo explican Josiah Heyman, Jeremy Slack y Emily Guerra (2017), en las ciencias sociales hay que cuestionar las teorías que solamente generalizan. Estas deben estar enraizadas y para ello la etnografía termina siendo clave.

No se trata de hacer aquí, como advertían Gupta y Ferguson (1997), una apología de la etnografía como la fuente absoluta de iluminación de los fenómenos actuales. Aún más, no se trata tampoco de reeditar la vieja discusión de la antropología con la sociología e incluso con la filosofía, definidas como más universalistas en contraposición con la etnografía, más apegada a lo singular. Mi posición conduce a aceptar que la mayor parte de los antropólogos que trabajamos con etnografía aspiramos a decir cosas más allá del “pequeño pueblito de estudio” para conectar problemas específicos con escalas de mayor alcance. Agier (2008) lo explica diciendo que el antropólogo trata de ver lo que está escondido, describir las verdaderas intenciones de tal o cual acto. Pero al hacerlo, explica, trata de pasar del estudio de caso a la restitución, cada vez que se pueda, del ensamble de elementos que configuran una situación observada.

Equipos de trabajo diversos y acercamientos múltiples al campo

Como sabemos, etnografía no es sinónimo de antropología. Ni antropología es el equivalente de etnografía. Hay excelentes investigaciones en todo el mundo sustentadas en trabajo de terreno etnográfico que son hechas por geógrafos, politólogos, sociólogos y otros tipos de profesionales de las ciencias sociales. En este sentido, las antropólogas y los antropólogos no tenemos la denominación de origen de la etnografía, pero seguimos siendo los profesionales que con mayor decisión tomamos esta disciplina como algo serio en la enseñanza de nuestros alumnos. En México, por ejemplo, son escasas las tesis que se aceptan en los

posgrados que no contengan etnografía y trabajo de campo.

Todo esto debe significar también para los estudiosos y las estudiosas de los fenómenos de movilidad humana un nuevo elemento de lo que aquí se propone. Me refiero a que, frente al escenario complejo de fenómenos, *la mejor opción en nuestras investigaciones será optar por un politeísmo teórico y metodológico*. Esto significa aceptar que no existe un método o una teoría que por sí sola pueda dar cuenta de la vastedad y la variedad de casos observados.

Este es un principio necesario para aceptar la urgencia de hacer estudios transdisciplinarios y avanzar hacia un trabajo colaborativo. Expresado en términos de una propuesta para el estudio de las migraciones, esto se traduce en la *indispensable elaboración de estudios que se sitúen en equipos de trabajo diversos disciplinariamente*.

En un equipo de trabajo se pueden discutir desde la elaboración de los protocolos de investigación, las estrategias de trabajo en terreno, los problemas éticos e incluso políticos de nuestras etnografías y, por supuesto, los resultados. El trabajo solitario *malinowskiano* es parte de esas zonas calientes de la antropología, como señalaba James Clifford (2008). Son aquellas zonas antropológicas que cambian constantemente y que si bien fueron claves en su desarrollo, hoy están siendo cada vez más parte de su historia que de su presente etnográfico.

Gracias al trabajo de escalas y niveles que se realiza en la etnografía, y gracias a un trabajo transdisciplinario y en equipo, hoy las

antropólogas y los antropólogos realizan una serie importante de descubrimientos y análisis que se ubican en lógicas de deconstrucción más que de formulación de políticas públicas. Aunque contamos en la disciplina con muchas cualidades para decir cosas sobre el modo en que se pueden construir escenarios posibles en las migraciones, nos ha tocado mayormente, por ahora, ser una especie de profesionales incómodos y críticos frente a estos fenómenos¹⁰.

Probablemente buena parte de ello se deba a que el contacto y el *rapport* que caracteriza a la etnografía nos permite, mediante el conocimiento situado que producimos (Haraway, 1991), comprender qué significan en terreno y de forma cotidiana conceptos que, al estar “en boca de todos”, muchas veces terminan siendo parte del sentido común. Se vuelven tropos que no significan nada muy preciso. Por ejemplo, hoy se habla en variedad de foros, medios y sitios públicos de la globalización. Tendemos a pensar en ella como esa enorme red de interconexiones y flujos dinámicos de capitales y de bienes. Las antropólogas y los antropólogos que trabajamos en torno a cuestiones de movilidad humana, vemos la globalización desde otros ángulos de visión.

En este sentido, Mezzadra y Neilson (2016) siguieron una analogía para entender esto. Ellos explican que el concepto de “socialismo real” nos sirvió para comprender la forma concreta y material que fueron tomando los socialismos conceptuales y teóricos en el mundo. Del mismo modo, la idea de “globalización real” nos puede servir para ir más allá de la mirada puramente dinámica y fluida de estos fenómenos. Globalización real es lo que en etnografía vemos al estudiar los procesos migratorios. Allí incorporamos variables de

poder y violencia para entender la multiplicación de las guerras, la extensión de diversas formas de campos y lugares de encierro de migrantes y refugiados y la diversificación de formas de trabajo precario a los que ingresan muchas personas, definidas por algunos autores como los nuevos obreros-étnicos (Besserer, 2016b). Todo esto es parte fundamental de lo que significa la globalización.

La antropología se levanta, así, como una disciplina crítica de las condiciones actuales de existencia y, por lo tanto, factible de acompañar académicamente las luchas de diversos colectivos en el planeta. Por ejemplo, Eduardo Romero, del colectivo Cambalache, de España, sostiene que gracias a los medios, en la percepción sobre las migraciones y el refugio se combina el máximo sentimentalismo con la máxima indiferencia. Esto produce la naturalización de las condiciones en que muchas personas viven en el mundo, lo cual provoca que la mayor parte de los habitantes de países que reciben migrantes y refugiados termine por actuar con indiferencia, cuando no con discriminación y segregación¹¹.

Por ejemplo, antropólogos o científicos sociales y de las humanidades que utilizan etnografía para escribir sus ideas han podido contribuir a deconstruir aquellas narrativas de seguridad y protección en Europa (De Genova, 2016; Mezzadra, 2005; Hess, 2010). También han cuestionado el carácter supuestamente amenazante de los migrantes y les han devuelto su rasgo humano a estos movimientos de población (Heyman, Slack & Guerra, 2017). Otros más han podido cuestionar la producción legal de la ilegalidad migrante (Chomsky, 2014; De Genova, 2017). En fin, en una gran cantidad y variedad de

temas, las antropólogas y los antropólogos han estado haciendo frente al sentido común y han ido construyendo una agenda reflexiva y analítica propia de su experticia.

Por esto no es extraño que muchos de los investigadores que se acercan al trabajo con migrantes y refugiados lo hagan desde un cuestionamiento al papel de los académicos y los teóricos frente a esa realidad. Mezzadra, por ejemplo, explica que fueron los sucesos racistas y antiinmigrantes del verano de 1994 en Genova los que lo llevaron a formar parte de un frente antirracista en la ciudad y, desde allí, comenzar a colaborar con centros de apoyo a refugiados y migrantes. Ocurrió algo parecido con Neilson, quien ante los procesos de expulsión y contención del arribo de migrantes en Australia tomó la iniciativa de participar activamente en las luchas migrantes.

Michel Agier, por otra parte, explica en sus trabajos que gracias a su involucramiento con la organización Médicos sin Fronteras (MSF), pudo obtener el acceso y las condiciones necesarias para trabajar en diversos campos de refugio en África y Europa. En sus reflexiones, toma un extenso y necesario tiempo para pensar lo que esto fue significando para su trabajo, puesto que si bien le abrió el ingreso a los centros y a tener a su disposición las condiciones necesarias para realizar su trabajo de campo, también le permitió ver las condiciones críticas del trabajo humanitario. En este sentido, descubrió una de las aporías principales del humanitarismo. Lo expresa diciendo que su búsqueda fue para entender la solidaridad funcional, *durkhemianamente* hablando, entre el mundo humanitario y la puesta de un orden policial y militar como un todo.

Estos aspectos interesantes llevaron a Agier a pasar de la incomodidad de haber sido aceptado y apoyado por MSF hasta la posibilidad de trazar un cuestionamiento a ese trabajo. En otras palabras, descubrió que hacer un trabajo en torno a los fenómenos de migración y refugio lo ubicaba a él como un tercer elemento de sus propias etnografías. De un lado, los migrantes, refugiados y desplazados. En la otra vertiente, las organizaciones, los activistas y los organismos internacionales. Y en una tercera orilla, el etnógrafo y la etnógrafa.

En términos de la propuesta que aquí estoy haciendo, esto significa aceptar que *cuando estudiamos a las personas en movimiento o atrapadas en él, también junto con reflexionar sobre nosotros mismos, construimos conocimiento crítico sobre las instituciones que se organizan en torno a estos procesos.*

Esta multiplicidad de “objetos de estudio” coloca a las antropólogas y los antropólogos frente a una discusión necesaria sobre las dimensiones políticas de nuestras etnografías. No se trata, como parecería a simple vista, que tengamos que decir si las organizaciones y los activistas del sistema de “gobierno humanitario” deben continuar existiendo o, al contrario, desaparecer. Se trata más bien de preguntarse si es posible un activismo humanitario crítico: un humanitarismo que no contribuya a la despolitización de estos problemas ni a un edulcoramiento de las causas y las consecuencias de lo que experimentan a diario las personas en movilidad.

En suma, los principios claves se vinculan a la discusión sobre el trabajo colectivo y colaborativo. Esto se traduce en la pregunta por la politi-

zación académica de estos temas, y respecto a ellos, sobre cuáles son los límites y las posibilidades de nuestro trabajo de investigación¹².

Las respuestas a estas cuestiones no son fáciles y están lejos de estar resueltas. Mi recomendación aquí es que no hay recetas universales. Los casos deben ser historizados y situados en sus dimensiones locales. Y para ello, la discusión en equipos de trabajo puede resultar fundamental.

Antropología de lo múltiple y etnografías polifónicas

Debemos aceptar, asimismo, que quienes trabajamos estos temas estamos también inmiscuyéndonos en asuntos esenciales en la política real de todos los días. Los temas migratorios y de refugio son centrales en los países y en las agendas presidenciales de innumerables lugares. Para ilustrar esto, basta con pensar en el peso que tuvieron las discusiones sobre migración en las últimas campañas presidenciales de Francia y Estados Unidos. En el primer caso, todas las narrativas sobre la amenaza de islamización de Francia en los discursos de Marine Le Pen, incluyendo sus posibles conexiones con el terrorismo, respecto a la cual la candidata ultraderechista insistía en el peligro de una política de puertas abiertas para el imaginario de la *France Éternelle*, llevaron a una redistribución de las relaciones de poder clásicas en el país y obligaron a todos los candidatos a fijar posturas frente al tema migratorio¹³.

En Estados Unidos, el candidato, ahora presidente, Donald Trump desarrolló una campaña agresiva contra la migración de hispanos,

en la que los mexicanos aparecieron en los medios y las narrativas de todos los días como personas presumiblemente criminales, depredadores sexuales y proveedores de droga. Es difícil establecer en qué medida la ciudadanía estadounidense terminó eligiendo a Trump como presidente gracias a estos discursos, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que en ningún caso tuvieron el efecto de mermar su popularidad.

Por estas razones es que pienso que los estudios sobre movilidad humana realizados desde la etnografía pueden resultar claves porque, precisamente, humanizan a los actores, les dan voz o negocian con ellos formas de co-producción de los textos y los análisis que hacemos. De ahí que podamos recuperar sus historias, sus deseos, sus trayectorias, para situar las razones por las cuales llegan, por las cuales se mueven y por las cuales continúan haciéndolo a pesar de todas las barreras que se les imponen y que he descrito en este trabajo.

Las investigaciones de las antropólogas y los antropólogos pueden llegar a ser verdaderamente importantes por las razones expresadas antes. Podemos darle un rostro a las personas en movimiento. Pero aquí emerge otra propuesta a tener en cuenta en nuestros métodos y epistemologías de investigación. Me refiero a que humanizar a los sujetos en las migraciones no debe traducirse mecánicamente en universalizar sus condiciones. Justamente, la mirada microsocia que se logra con las etnografías debe llevarnos a *apostar por una antropología de la multiplicidad y la diferencia en lugar de una antropología universalista y disolvente de esa diferencia*.

Debemos aceptar que, durante buena parte del siglo XX, nuestros antropólogos padres fundadores de la disciplina (Rosaldo, 2006) trabajaron buscando esos informantes claves, guiados por la idea de que una persona, generalmente un varón con posición de privilegio en la sociedad local, podía informarnos sobre esa sociedad como un todo.

Las antropólogas feministas fueron probablemente las primeras en establecer esta crítica. Ellas insistieron en que la voz de esos informantes claves terminaba silenciando la situación de las mujeres en la realidad local, e incluso que contribuía a una imagen de comunidad armónica que ocultaba las enormes diferencias de clase y jerarquía en las sociedades locales.

No hay tal comunidad universal, como tampoco hay un migrante universal. Obviamente, este postulado no debe llevarnos a pulverizar nuestras etnografías para terminar construyendo textos que no vayan a ningún lugar y que no permitan construir aproximaciones más generales. Al contrario, la propuesta para este trabajo es *hacer etnografías en estos temas de migración y refugio intentando construir textos polifónicos*, textos que recuperen la pluralidad de voces locales en un ensamblaje explicativo.

Mezzadra señala algo parecido cuando sostiene que hay que atender a la ambivalencia misma en la condición del migrante. Esto significa “ir contra la reducción del migrante como un típico exponente de una cultura. Poner en evidencia la individualidad, la irreductible singularidad de las mujeres y los hombres que son protagonistas de las migraciones” (2005, p. 45).

Por ejemplo, cuando la etnógrafa o el etnógrafo se adentra en los mundos de experiencia migrante va descubriendo que, si bien muchos de los migrantes de Centroamérica salen de sus países por situaciones de violencia, las trayectorias de cada caso son singulares y únicas, aun cuando hay hilos que podemos tomar y que enlazan a unas vidas con otras. Tal es el caso del trabajo de Ana Paula Maurer con migrantes trans de Centroamérica que llegan a Tijuana en espera de visas de refugio de Estados Unidos. En su trabajo, ella ha descubierto que la primera salida de estas ocurre cuando tienen que huir de su hogar ante el rechazo y la violencia que sufren en sus propias familias. Su ruta migratoria inicia, por así decirlo, desde mucho antes de cruzar una frontera de algún Estado-nación¹⁴.

De ahí que resulte clave que *las antropólogas y los antropólogos que trabajan con estos fenómenos tomemos con cuidado los conceptos que hemos heredado para explicar la sociedad*. Por supuesto, los estudios etnográficos nos están llevando a cuestionar el ideal westfaliano del Estado-nación como la gran narrativa de la modernidad. Al hacerlo, la etnografía está contribuyendo a realizar una poderosa crítica al contrato social como origen y fundación de la sociedad moderna.

El ideal del contrato social y la integración descansa, en buena medida, en la realidad de exclusión y segregación que contiene. Visto de este modo, el problema de la integración o no de los migrantes¹⁵ cuestiona el edificio mismo de la estatalidad occidental. Y no solo eso, las etnografías cuestionan también los conceptos claves que hasta hace poco nos ayudaron a explicar los problemas contemporáneos.

En esa línea, Nina Glick Schiller y Andreas Wimmer (2002) nos llamaban la atención hace algunos años sobre la urgencia de tomar en consideración el nacionalismo metodológico. Esto significa superar una vieja tradición de las ciencias sociales en general que ha consistido en tomar al Estado-nación como punto de partida y de llegada para nuestros análisis. Mucha de nuestra tradición en la disciplina ha estado influida por enfoques nación-céntricos, lo que se ha traducido en un acercamiento a los objetos de investigación suponiendo de antemano los límites impuestos por los márgenes del Estado-nación.

Abundando en el cuestionamiento a las nociones establecidas, Saskia Sassen (2014) recomienda considerar que el capitalismo y la migración llevan a replantear nuestro viejo esquema conceptual dividido entre norte y sur, liberal y comunista, etc., porque de esa forma no podemos acercarnos a ver los objetos empíricos de la actualidad. Mezzadra y Neilson (2016), en el mismo sentido, llaman a cuestionar las categorías y las taxonomías de la migración, tales como la distinción entre migración forzada y migración voluntaria. O los conceptos de migrante económico, buscadores de asilo y migrantes ilegales. Todos esos conceptos deben ser revisados, nos dicen estos autores, recomendando también que adoptemos una nueva noción de ciudadanía.

Para resumir un poco estos debates, diría que las etnografías hechas en un momento posterior a la Guerra Fría son sensibles frente a fenómenos en los cuales los conceptos tradicionales de sociedad, cultura y poder deben ser repensados. *Es urgente ir más allá del binarismo conceptual y epistemológico*

para acompañar nuestras lecturas con definiciones flexibles, dinámicas y que denoten la búsqueda constante que debemos hacer de nuevas categorías.

La elección del tema y el problema de investigación

Para ir cerrando, me gustaría introducir algunas ideas que provienen de mi propia práctica de investigación en terreno y que pueden ayudar a pensar metodológicamente en diversas estrategias para definir y delimitar nuestros estudios. Esto puede ser relevante, en especial si consideramos toda la multiplicidad y la variedad de experiencias a las que nos enfrentamos en los estudios migratorios, de refugio y de desplazamiento.

Si aceptamos que muchas veces, insertos en los primeros días de nuestro trabajo de campo, nos vemos enfrentados a un mar de situaciones diversas, una multiplicidad de actores distintos y un conjunto problemático de hechos sociales que pueden todos ser motivo de nuestro interés investigativo, la pregunta obligada es cómo delimitar nuestra investigación. ¿Cómo establecer los límites y dónde hallar, en terreno, la *nuez* de lo que será nuestro análisis?¹⁶

Me parece que *una estrategia consiste precisamente en prestar atención a las paradojas que vemos en terreno. Buscar las contradicciones. Trabajar con los nudos, las aporías fundamentales. Son aquellas cosas irresueltas que observamos en terreno y que son constantemente referidas por nuestras colaboradoras y colaboradores en terreno*¹⁷.

Las antropólogas y los antropólogos harían bien en prestar atención a estas contradicciones para justo allí instalar las preguntas principales de la investigación. Por ejemplo, cuando hablo de paradojas, podemos pensar en las tensiones existentes al interior de los fenómenos de movilidad humana entre leyes que protegen a los migrantes y leyes que los castigan o criminalizan. O pensar, por ejemplo, en las paradojas entre la ayuda humanitaria como cuestiones necesarias y de urgencia y la ayuda humanitaria que contribuye a despolitizar los problemas de fondo de la migración. O reflexionar sobre las contradicciones entre actores en movimiento desempoderados y sumidos en lógicas de vidas precarias y actores empoderados y resistentes que desafían al Estado. Por último, atender a las tesis contradictorias que insisten en mirar a la migración como prueba del debilitamiento del orden estatal en el momento global o, al contrario, como prueba del reforzamiento de su poder e influencia¹⁸.

Pienso que los etnógrafos y las etnógrafas pueden intentar construir y delimitar su problema de investigación y sus preguntas fundamentales precisamente poniendo atención a esas contradicciones fundamentales. A partir de allí, será más sencillo no perderse en la espesura de los nuevos ambientes de las etnografías en los procesos de migración.

Para ello, *se requieren también nuevas fórmulas cartográficas para leer estos problemas*. Las cuestiones de espacio y lugar resultan centrales en el nuevo milenio. Además de empujar a las etnografías a moverse junto a sus objetos de investigación, tal como lo recomendaba Marcus (2001) en los años noventa, se trata de preguntarnos dónde

debemos ahora instalar nuestra tienda de campaña. Estamos lejos de la imagen descrita por James Clifford (2008) donde un Malinowski instalaba su tienda en el centro del poblado y se disponía a esperar que los nativos acudiesen a hablar con él, a cambio de un poco de tabaco.

En mi experiencia de trabajo, he ido descubriendo que es el propio cuerpo del etnógrafo y la etnógrafa el que se desplaza junto a los movimientos que estudia. Su tienda de campaña es él o ella misma, por lo que resulta mejor insertarse en sus espacios para allí ejecutar sus etnografías.

Hoy en día, considero que nichos ideales para estudiar estos fenómenos son precisamente la ley y los complejos legales que se organizan en torno a las migraciones y el refugio. También lo son las formas de asociación y de activismo migrante, y junto a ellas, los medios y los discursos estatales y populares sobre integración, expulsión y nación. Esto significa que espacios ideales para observar estos elementos los podemos encontrar en los tribunales y los juicios. En los reglamentos, los papeles legales y los procesos jurídicos. También los hallamos en las organizaciones y en las instancias de ayuda humanitaria. Entre los activistas y las diversas formas de acción política. Y también en los medios escritos, las emisiones radiales y en la infinita variedad de plataformas presentes en la web. En mi opinión, estos pueden ser parte de los nuevos territorios etnográficos de investigación.

Por último y para concluir este apartado, considero que al ir estructurando nuestras preguntas de investigación sería útil, al igual como mencioné al principio respecto de la necesidad de atender

a escalas y niveles en las investigaciones, hacer lo mismo con las preguntas de estudio. Es decir, *las etnografías pueden organizarse en torno a las preguntas de pequeña escala y las preguntas de mayor alcance.*

Esto significa que normalmente, cuando estamos inmersos en la espesura del paisaje etnográfico, atendiendo a las situaciones concretas, los diálogos precisos, los actores bien delimitados, tendemos a concentrar allí varias de nuestras interrogantes principales. Sin embargo, ello no debe llevarnos a subestimar, o incluso olvidar, aquellas preguntas mayores que se esconden detrás de esas escenas.

Por ejemplo, en mis investigaciones recientes sobre Tijuana y los centros de apoyo, albergues y espacios de detención de migrantes, aun cuando estamos intentando comprender aquellas configuraciones sociales, no estamos olvidando las interrogantes que se anidan detrás de las escenas etnográficas. En particular, he vuelto a rescatar la literatura crítica elaborada en la década de 1930 desde la filosofía política para cuestionarme sobre las ideas de campo de concentración y de excepción jurídica que fueron horizontes de preocupación de autores como Carl Schmitt (2013), Hannah Arendt (2018) o Walter Benjamin (2007).

¿Nos sirven estas ideas, elaboradas para entender los totalitarismos de principios del siglo pasado y sus fórmulas de exterminio de ciertas poblaciones para entender a los migrantes y refugiados en México y los centros de detención hoy en día?

En mi opinión, no se trata de una aplicación mecánica de estas ideas, ni mucho menos de

una imposición conceptual del tipo “camisa de fuerza” para explicar la actualidad migrante. Al contrario, se trata de revenir sobre las preguntas que estos autores se hicieron y ver en ellas posibilidades de comparación con lo que experimentan los migrantes, los refugiados y los desplazados por el mundo.

Similitudes las hay y quizás son varias. Por ejemplo, siguiendo a Arendt (2018), vemos en las migraciones constantemente paradojas legales que nos muestran leyes que protegen al mismo tiempo que otras que criminalizan. Excepcionalidad coexistiendo con regularidades constantes. En la perspectiva de Agier (2008), se trata de la división del mundo entre mi mundo propio, sano, visible, opuesto al mundo del otro, oscuro, enfermo e invisible. Se trata de una concepción de globalización que requiere del trabajo a partir de la producción de excepciones y exclusiones.

Por el mundo se expanden regímenes que legalizan la ilegalidad de los migrantes. Toda la dominación que se ejecuta sobre ellos es profundamente legal. Proliferan lógicas de campo de concentración y lógicas de ghetto. Como en el totalitarismo de Arendt, existe la negación de libertad y de derechos individuales que desconoce la dignidad de la persona humana, convirtiendo a las clases en masas. Antes justificadas por cuestiones raciales, contra pueblos judíos o pueblos rom, hoy legitimadas por el hecho de haber nacido fuera del país y por no tener esa ciudadanía. Esas personas, reducidas a números, a cosas, sin derechos civiles, se transforman progresivamente en sujetos fuera de la ley. Como tan certeramente lo define Arendt para su caso de análisis, se trata de millones de inocentes convertidos en criminales sin crimen.

Reflexiones finales

Ciertamente, las antropólogas y los antropólogos tenemos mucho que decir frente a esta enorme variedad y vastedad de temas. He trazado en este trabajo apenas un puñado de ellos, pero espero que hayan servido para ubicar de qué tipo de cosas estamos hablando cuando decimos migración y refugio. Al mismo tiempo, aunque mi lista de recomendaciones y consideraciones metodológicas constituye una revisión amplia de problemas que enfrentamos cuando hacemos etnografía, obviamente ellos no se agotan en mi recuento y más bien espero que se abran para ir completándose con otras aportaciones y observaciones.

Todo esto quizás nos invita a volver sobre las preguntas de antropólogos que, como Eric Wolf o Sidney Mintz, aspiraban a una antropología del sistema mundo. O incluso más, ellos insistían en el carácter global de la propia historia de la antropología, la cual, desde sus inicios se formó como una disciplina mundial.

Esto se traduce en una apuesta por una antropología de las conectividades, de los flujos, de las escalas y de los niveles de realidad. Una antropología de mayor alcance. Una antropología política global que pueda contribuir a entender lo que Paolo Virno (2002) llamó capitalismo tardío. Es decir, una antropología que nos ayude a pensar en el mundo en que vivimos, el cual, según Virno, consiste no en la configuración de un modelo económico y social de solamente un rasgo bien preciso. Al contrario, se trata de un sistema donde coexisten diversos modos de producción al mismo tiempo. Probablemente, es la exposición universal de todas las formas de trabajo que han existido en la historia, donde

modelos de plantación, coexisten con cadenas globales de mercancías, sistemas neoesclavistas y producción internacional¹⁹.

Por suerte para nuestras agendas de investigación, nos llegan buenos ejemplos donde en diversas facultades, universidades, centros de investigación y de estudio, se combinan el trabajo de antropólogos y antropólogas con tareas de activismo y colaboración. Y desde nuestra disciplina, comenzamos a ver muchos más beneficios que perjuicios a la hora de intercambiar nuestros saberes y tradiciones con los de otras ciencias sociales y humanidades. Estoy hablando de una antropología que se estimula con el roce con las otras disciplinas y con el compromiso y la colaboración.

En México al menos, donde hemos asistido en los últimos doce años al deterioro de las condiciones de seguridad y control estatal de la paz, vemos cómo los territorios de migración coinciden con los territorios del narcotráfico y de las plantaciones. Al mismo tiempo, estos coinciden espacialmente con los territorios de las economías extractivas. En ese contexto muchas veces violento e injusto, más que colaborar hacia una política pública como tal, los antropólogos y las antropólogas hacemos parte de la urgencia por construir una antropología de la paz. Una antropología de la convivialidad. De la coexistencia favorable de sociedades plurales, diversas, pensadas ellas como algo bueno y saludable. Mucho más allá de la retórica neoliberal del multiculturalismo despolitizado donde las dimensiones de poder y jerarquía han estado ausentes.

Se me viene un ejemplo para cerrar este artículo. Un ejemplo de trabajo colaborativo e

investigativo que conlleva un fuerte compromiso social, pero también una apuesta académica de alto nivel. Me refiero a la agencia Forensic Architecture asentada en la Universidad de Londres. Dirigido por Eyal Weizman, este grupo que combina antropología, geografía, diseño, disciplinas artísticas y forenses ha estado documentando y analizando diversas situaciones donde poblaciones civiles y grupos vulnerables han sido golpeados por la economía a través de proyectos que afectan el medio ambiente, los derechos humanos y la vida de poblaciones en diversos lugares del mundo. Este grupo de acción investigativa y política ha estado documentando desde ataques químicos en Siria hasta destrucciones ambientales en Indonesia, pasando por el caso Ayotzinapa en México.

En estos trabajos, que tienen un fuerte componente geográfico y espacial, con diseño de cartografías para documentar los procesos, Weizman ha insistido en que ellos no están trabajando para informar al Estado sino justamente para documentar sus violaciones sistemáticas. El Estado se conduce, nos dice Weizman, frente a acusaciones de violaciones a los derechos humanos de poblaciones vulnerables, de migrantes y de refugiados, como lo haría cualquier delincuente: ocultando la verdad, contestando con evasivas, respondiendo otra cosa. En ese sentido, como se sostiene en el trabajo de este colectivo, más que ayudar a construir la verdad se trata de disputarle el monopolio de la verdad a los Estados y las empresas²⁰.

Notas

¹ El artículo data de 1995, sin embargo, aquí ofrezco algunas citas de la versión en español publicada en México en 2001.

² Estas perspectivas suponen que las migraciones se producen por el diferencial que existe entre países, esto es, porque hay una serie de factores que expulsan (*push*) a las personas, las empujan a abandonar el país, mismos que se complementan con factores que atraen (*pull*) hacia otros países. Dentro de los primeros, destacan la falta de empleos, la pobreza en el campo y, en general, las condiciones precarias de las economías de ciertos países. En los segundos, destacan la necesidad de mano de obra, los mejores salarios y condiciones de vida en general. Esta teoría no es de mucha utilidad para el caso de México, donde encontramos pocos factores *pull* y, en cambio, muchos factores *push*, como son las violencias estructurales y las condiciones de precariedad generalizada. Para una comprensión de estas concepciones en detalle, ver Massey (1998).

³ En esas cifras del INE se señalaba que los principales países de origen de los inmigrantes que arriban a este país son Venezuela, Perú y Haití.

⁴ Información recuperada en: <https://www.france24.com/es/20181211-retirada-chile-pacto-migracion-onu> (consultada en enero de 2019).

⁵ Información recuperada en: https://elpais.com/internacional/2019/01/15/america/1547580118_346852.html (consultada en enero de 2019).

⁶ Pero estos factores tienen también otros orígenes, al menos

así lo han subrayado algunas organizaciones. Por ejemplo, entre los colectivos claves que han acompañado a estas caravanas de migrantes está Pueblo sin Frontera, que en sus declaraciones ha tratado de explicar que en el origen del proceso de éxodo migrante centroamericano se encuentra la política económica desplegada por Estados Unidos desde hace más de un siglo, la cual ha convertido a la región en una zona donde el monocultivo con fines de comercio internacional se ha combinado con el deterioro ambiental, la falta de infraestructura y de empleos. Ver la página Facebook de la organización Pueblo sin Frontera en: <https://www.facebook.com/PuebloSF/> (consultada en diciembre de 2018).

⁷ Hay que recordar, como sostienen Massey, Pren y Durand (2009), que probablemente el paradigma basado en la seguridad viene de un poco antes, desde la década de 1990, cuando con las leyes antiterroristas se le otorgaron facultades extraordinarias a las autoridades migratorias para perseguir, controlar y expulsar a los migrantes indocumentados. Esto es lo que los autores citados definen como la era de la marginalización, la cual se caracteriza porque miles de migrantes se ven obligados a estar al margen de la ley.

⁸ Esto es especialmente importante en el caso de la frontera de México con Estados Unidos, en donde se da un tipo de frontera-gulag, como la define Guillermo Alonso Meneses. Esto significa que esta frontera presenta zonas que evocan esas imágenes de campos de concentración nazis o gulags soviéticos, con alambres, patrullas, iluminación nocturna y otros artefactos intimidadores (2014).

⁹ Para otros autores, esas geografías de exclusión en la época de la globalización se toman con frecuencia en geografías de la furia (Appadurai, 2007). Esto significa que se genera una inseguridad en la vida social respecto de la identidad, los valores y las tradiciones, lo que exacerba el rechazo a los otros. No se observa, en este sentido, un panorama alentador para la convivencia de las comunidades diferentes, al contrario, se confirma un cierto auge del nacionalismo racista.

¹⁰ El carácter crítico de la antropología frente a estos temas probablemente se deba a que ella se ha ubicado siempre en la tensión entre universalidad y singularidad, lo que le ha permitido detectar innumerables paradojas que llegan a cuestionar las narrativas dominantes. Por ejemplo, en México, cuando comenzaba el fenómeno de las caravanas de migrantes centroamericanos a fines de 2017, el gobierno se daba a la tarea de elaborar diagnósticos y producir discursos para explicar la crisis, insistiendo en que sus flujos eran unidireccionales, compuestos por personas similares guiadas por los mismos intereses. Frente a ello, la antropología estaba justamente señalando que ni todos los flujos eran los mismos ni que las personas se movían bajo las mismas circunstancias. Al contrario, la disciplina hacía énfasis en la multiplicidad, la complejidad y la heterogeneidad de los nuevos fenómenos masivos de migración.

¹¹ El colectivo Cambalache publicó un libro titulado *¿Qué hacemos con las fronteras?*, mismo que reúne una amplia colección de reflexiones y testimonios fruto del activismo migrante de sus miembros. Información recuperada en: https://www.eldiario.es/quehacemos/que_hacemos_con_las_fronteras_migraciones_CIE_redadas_6_177492272.html (consultada en enero de 2019).

¹² Como las lectoras y los lectores de este artículo se habrán dado cuenta, obviamente esto trae de vuelta la vieja discusión ya establecida por Marx en *Las tesis de Feuerbach*, especialmente la tesis XI que reza como sigue: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo".

¹³ Para acercarse a conocer estos debates, ver Hajjat Abdellali y Mohammed Marwan (2016).

¹⁴ Estos hallazgos de campo fueron obtenidos por Ana Paula Maurer para su tesis de maestría en antropología en la Universidad

Iberoamericana. Investigación en curso.

¹⁵ Zizek (2015) se pregunta si podemos seguir suponiendo todo el tiempo la misma idea según la cual los migrantes lo único que desean es integrarse. Recomienda que habría que cuestionar este planteamiento.

¹⁶ Marcus, en el texto citado al inicio de este trabajo (2001), mencionaba que existían muchas ansiedades etnográficas que se producían en los antropólogos producto de aceptar las nuevas condiciones de la etnografía en el sistema mundo. Una de estas ansiedades era, precisamente, lo que él definía como "ansiedades por los límites de la etnografía".

¹⁷ Como verá el lector o lectora, en mi trabajo prefiero hablar de colaboradoras y colaboradores en lugar de informantes claves, por las razones expuestas antes.

¹⁸ Respecto al debate sobre el papel del Estado, se puede recordar la discusión al interior del paradigma transnacional, donde en un extremo, autoras como Nina Glick Schiller sostenían que las migraciones actuales comprobaban hasta qué punto el control del Estado se renueva de formas insospechadas (Glick Schiller, Bash & Blanc-Stanton, 1992). En el otro extremo, antropólogos como Michael Kearney sostenían que el comportamiento de los migrantes era prueba de su capacidad para escapar al control y al poder del Estado (Kearney, 1996).

¹⁹ La búsqueda de una antropología que pueda discutir con problemas de mayor alcance no es nueva y más bien tiene una larga historia. Basta con pensar, por ejemplo, en el trabajo sobre la ecúmene global de Ulf Hannerz (1989), en el que este antropólogo nos advertía sobre los efectos que producirían las interconexiones culturales por el mundo, lo cual nos podría confrontar con la dimensión macro de la antropología de la cultura. Años más tarde, a comienzos de los noventa, Arjun Appadurai propone su idea de modernidad desbordada para subrayar el carácter encogido y globalizado del planeta, el cual estaba siendo modelado por dos grandes fuerzas, las migraciones internacionales y la mediación electrónica. De ahí la necesidad de trabajar de acuerdo con la marcoetnografía (Appadurai, 2001).

²⁰ Información recuperada en: <https://www.forensic-architecture.org/project/> (consultada en octubre de 2018).

Referencias bibliográficas

Abdellali, H. & Mohammed, M. (2016). *Islamophobie. Comment les élites françaises fabriquent le "problème musulman"*. París: La Découverte.

Agamben, G. (1998). *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

_____ (2003). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Agier, M. (2008). *Gérer les indésirables. Des camps de réfugiés*

au gouvernement humanitaire. París: Flammarion.

Alonso Meneses, G. (2014). La Frontera-Gulag y las deportaciones de migrantes mexicanos. *Desacatos* (46), 14-31.

Appadurai, A. (2007). *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona: Tusquets.

Arendt, H. (2018). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.

Benjamin, W. (2007). *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires: Tarramar.

- Besserer, F.** (1999). Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional. En Mummert, G. (Ed.), *Fronteras fragmentadas*. México: Colegio de Michoacán.
- _____. (2016a). Codifying the Body. A Struggle for Identification and Recognition in a Violent Migratory Context. En *Journée d'étude Violence et Migration*, Université Paris Diderot, 22 de septiembre.
- _____. (2016b). Ciudad transnacional y ciudad global. Intersecciones teóricas y empíricas. En Besserer, F. *Intersecciones urbanas. Ciudad transnacional/ciudad global*. México: Juan Pablos ().
- Bigo, D.** (1998). L'immigration à la croisée des chemins sécuritaires. *Revue européenne des migrations internationales*, 14(1), 25-46. Recuperado en : doi: <https://doi.org/10.3406/remi.1998.1607>
- Clifford, J.** (2008). *Itinerarios Transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Colectivo FM4 Paso Libre** (2017). *Sin lugar en el mundo. Desplazamiento forzado de mujeres por Guadalajara*. Guadalajara: Prometeo.
- Chomsky, A.** (2014). *Undocumented: How Immigration became Illegal*. Boston: Beacon Press.
- De Genova, N.** (2016). *Europe/Crisis: New Keywords of "the Crisis" in and of "Europe"*. Zone Books Online. Recuperado en: http://nearfutureonline.org/wp-content/uploads/2016/01/New-Keywords-Collective_11.pdf
- _____. (2017). Movimientos migratorios contemporáneos: entre el control fronterizo y la producción de su ilegalidad. Un diálogo con Nicholas de Genova. Entrevistado por Soledad Álvarez Velasco. *ICONOS, Revista de Ciencias Sociales*, (58), 160.
- De Genova, N., Mezzadra, S. & Pickles, J.** (2015). New Keywords: Migration and Borders. *Cultural Studies*, 29(1), 55-87.
- Doty, R.** (2007). States of Exception on the Mexico-U. S. Border: Security, 'Decisions', and Civilian Border Patrols. *Revista Internacional Political Sociology*, 1(2), 113-137.
- Fukuyama, F.** (1992). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press.
- Glick Schiller, N., Bash, L. & Blanc-Staton, C.** (1992). Towards a Transnational Perspective in Migration: Race Class Ethnicity and Nationalism Reconsidered. *Annals of the New York Academy of Sciences*, (645).
- Glick Schiller, N. & Wimmer, A.** (2002). Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences. *Global Networks*, 2(4).
- Gupta, A. & Ferguson, J.** (1997). Beyond "Culture": Space, Identity and the Politics of Difference. En Gupta, A. & Ferguson, J. (Eds.), *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology* (). Durham y Londres: Duke University Press.
- Hannerz, U.** (1989). Notes on the Global Ecumene. *Public Culture*, 1(2), 66-75.
- Haraway, D.** (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Heyman, J., Slack, J. & Guerra, E.** (2017). Bordering a "Crisis": Central American Asylum Seekers and the Reproduction of Dominant Border Enforcement Practices. *Journal of the Southwest*, 60(4), 754-784.
- Hess, S.** (2010). The Invention of "Transit Migration". Theoretical and Methodological Considerations of Illegal Migration in Europe's Southeastern Border Regime, *Ethnologia Balkanica*, (14), 129-146.
- _____. (2012). De-naturalising Transit Migration. Theory and Methods of an Ethnography Regime Analysis. *Population, Space and Place*, (18), 428-440.
- Kearney, M.** (1996). *Reconceptualizing the Peasantry*. California: Westview Press.
- _____. (2006). El poder clasificador y filtrador de las fronteras. En Besserer, F. & Kearney, M. (Comps.), *San Juan Mixtepec. Una comunidad transnacional ante el poder clasificador y filtrador de las fronteras*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Juan Pablos.
- Kaerney, M. & Nagengast, C.** (1989). Anthropological Perspectives on Transnational Communities in Rural California. En: *Working Group on Farm Labor and Rural Poverty*, Working Paper # 3. Institute for Rural Studies, Davis, California.
- Layton, R.** (1998). *An Introduction to the Theory in Anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Levitt, P.** (2001). Transnational Migration: Taking Stock and Future Directions. *Global Networks*, 1(3).
- Locas, M. C.** (2011). An(other) History of the U. S.-Mexico Border: Securitization, Control, Resistance. En *Western Political Science Association 2011 Annual Meeting*, 14 de marzo. Recuperado en: <http://ssrn.com/abstract=1767038>
- Marcus, G.** (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22).
- Massey, S.** (1998). *Worlds in Motion. Understanding International Migration at the End of the Millennium*. Oxford: Clarendon Press.
- Massey, S., Pren, K. A & Durand, J.** (2009). Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos. Las consecuencias de la guerra antiinmigrante. *Papeles de Población*, (61).
- Mezzadra, S.** (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mezzadra, S. & Neilson, B.** (2016). *La frontera como método. O la multiplicación del trabajo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Moll, J.** (2014). Surveillance through Social Networks along with US-Mexico Border. En: *Electronic Visualisation and the Arts*. Recuperado en: <https://ewic.bcs.org/content/ConWebDoc/52999>
- Ohmae, K.** (1991). *L'entreprise sans frontières. Nouveaux impératifs stratégiques*. París: Interéditions.
- Pallitto, R. & Heyman, J.** (2008). Theorizing Cross-border Mobility: Surveillance, Security and Identity. *Revista Surveillance and Inequality*, 5(3), 315-333. Recuperado en: <http://www.surveillance-and-society.org>
- Portes, A.** (1997). *Globalization from Below: The Rise of Transnational Communities*. New Jersey: Princeton University.
- Ríos, A.** (2015). Marruecos y México: dos modelos de securitización migratoria en las fronteras de la globalización. *Revista Ciencia UAT*, 47-55. Recuperado en: <https://doi.org/10.29059/cienciauat.v10i1.570>
- Rosaldo, R.** (2006). *Ensayos en antropología crítica*. México: Juan Pablos.
- Sardan, J.P.** (1995). La politique du terrain. Sur la production

des données en anthropologie. En *Enquête*, 10 de julio de 2013. Recuperado en: <http://enquete.revues.org/263>.

Sassen, S. (2014). *Expulsions. Brutality and Complexity in the Global Economy*. Cambridge: Harvard University Press.

Schmitt, C. (2013). *La dictadura*. Madrid: Alianza.

Smith, R. (1999). Reflexiones sobre migración, el Estado y la construcción, durabilidad y novedad de la vida transnacional. En Mummert, G. (Ed.), *Fronteras fragmentadas*. México: Colegio de Michoacán.

Spener, D. (2008). El apartheid global, el coyotaje y el discurso de la migración clandestina: distinciones entre la violencia persona,

estructural y cultural. *Revista Migración y Desarrollo*, (10), 127-156.

Tijoux, M. E. & Córdova, M. G. (2015). Racismo en Chile: colonialismo, nacionalismo, capitalismo. *Polis, Revista Latinoamericana*, 14(42), 7-13.

_____ (2016). Luchas migrantes en contextos de tránsito migratorio, el caso del movimiento migrante centroamericano. *REMHU, Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, XXIV(48), 31-44.

Virno, P. (2002). *Grammaire de la multitude*. París: Editions de l'éclat.

Žižek, S. (2015). *La nouvelle lutte des classes*. París: Fayard.